



Melgar Bao, Ricardo (2023). *Revistas de vanguardia e izquierda militante*. Lima: Tren en movimiento. 307 pp.
Prólogo de Liliana Weinberg.

Eduardo DEVÉS*

Recibida: 1° de noviembre de 2024

Aceptada: 5 de diciembre de 2024

Siete entradas para acercarse a la obra**

Quiero felicitar y agradecer al *Seminario de Historia Intelectual de América Latina* por esta iniciativa, que además me permite encontrar varias amistades y compartir mesa con Dahil Melgar, Horacio Crespo y Aimer Granados. Agradecer también particularmente al amigo Gabriel Samacá, a quien conocí en Colombia hace unas semanas, por la organización del encuentro. A continuación, voy a ofrecerles siete entradas a este libro póstumo de Ricardo Melgar Bao.

Primera entrada

Comentando un libro coordinado por Aimer Granados en que también participó Melgar, Alexandra Pita decía: “desde hace varias décadas, el estudio de las publicaciones periódicas, y específicamente de las llamadas revistas culturales, ha dado numerosas muestras de su valor como objeto de análisis para el estudio de los intelectuales” (2013: 96). Y a continuación, comentaba: “La acumulación de trabajos [...] ha realizado un mapeo de las publicaciones más importantes y ha generado una especie de cartografía cultural”. Sin duda, este volumen que presentamos hoy contribuye a completar y mejorar dicha cartografía y creo que Melgar habría estado de acuerdo con esto, aunque no lo explicitó.

Señaló, en cambio, lo siguiente: “nuestro aporte se solventa en abordar, *por vez primera, aspectos ideológicos y culturales no considerados* [mi destacado, ED], presentes de manera significativa en una selección de revistas de tipo militante y de vanguardia” (p. 10). Y poco más abajo, pareciera tener la intención de explicitar lo que pretendía, al agregar que “la historia intelectual, en su desencuentro con la historia cultural, ha descuidado ciertas aristas de las revistas del siglo XX” (p. 10). A subsanar, al menos en parte, esa falencia, dedicó pues Melgar su libro.

Segunda entrada

La última vez que nos encontramos presencialmente con Melgar fue en la Ciudad de México, en el encuentro *Diálogos entre la Antropología y la Historia Intelectual*, en septiembre de 2019. Aunque Melgar presentó allí su trabajo sobre el exilio haitiano, seguramente venía ya de tiempo elaborando este

* Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile. ORCID: 0000-0001-6007-9812. Email: <eduardo.deves@usach.cl>

** Versión retocada de la intervención de Eduardo Devés en la sesión del *Seminario de Historia Intelectual de América Latina* dedicada a la presentación del libro de Melgar, celebrada el lunes 27 de mayo 2024.

nuevo libro. Por eso hablamos sobre ciudades y ecosistemas intelectivos. Ello me animó a presentar en el encuentro que se organizaría en Lima 2020 o 2021, como segunda versión de la misma serie, algo sobre ciudades e ideas, y tenía que buscar una formulación para no reiterar a José Luis Romero ni a Ángel Rama. Estas fueron algunas de nuestras últimas conversaciones que trato de recordar aquí. El encuentro de Lima fracasó por el COVID 19 y sobre todo por la muerte de nuestro querido amigo, pues de no haber sido así, seguro que en 2022 se habría reactivado esta iniciativa, tan exitosa en su primera versión.

Para Melgar estas revistas –o todas– son “productos de ciudades” e incluso de la “condición urbana contemporánea” de quienes las gestan, gestionan y participan. Argumenta:

El cronos urbano se aceleró con la modernización del transporte público, la información cablegráfica y la remodelación de los ritmos cotidianos, de los viajes dentro y fuera de la ciudad, dentro y fuera del país. La modernización urbana recibió nuevos impulsos que fueron cambiando sus decorados, sus espacios arquitectónicos y sus espacios públicos y privados, así como los hábitos y costumbres de los ciudadanos. (p. 9)

Más adelante, agrega: “En esta obra hemos tratado de resituar el papel de las redes intelectuales y políticas articulando su presencia con otras prácticas sociales urbanas” (p. 12). Insiste todavía, refiriéndose a la revista *Antorcha*, que sitúa “la ciudad como lugar hegemónico del quehacer político, de la cultura y del progreso” y que “como ninguna de estas entradas fue considerada en los estudios previos, su confluencia discursiva funda la originalidad de este escrito” (p. 15). En ello residiría la novedad que plantea y su disgusto con cierta separación entre la historia intelectual y otras dimensiones de la cultura, es decir con la no conexión de la historia intelectual con lo urbano propiamente tal.

La palabra ciudad-ciudades aparece 180 veces en la obra, urbe-urbano y derivaciones 53 veces. Esta es la principal clave de lectura. La novedad que pretende Melgar es preguntarse por las revistas a partir de la ciudad y, lo diré más ampliamente que él, de los ecosistemas intelectivos urbanos donde las revistas emergen y se desenvuelven. Se trata de ecosistemas intelectivos obviamente letrados y con proliferación de una imaginería impresa. Y ello es muy significativo. “Imagen” o “imágenes” son nociones que aparecen 67 veces, e “iconografía” o “iconográfico”, 27.

En su iluminador Prólogo al libro de Melgar, que sin duda ha contribuido a modelar mi propia lectura, indica Liliana Weinberg:

Se deben resaltar dos notas: por una parte, se trata de una etapa de notable crecimiento de las ciudades y de reconfiguración de la vida urbana, al punto de que puede decirse que la revista es un microcosmos [y en ello debe incluirse] el fenómeno de la urbanización y el multiplicado alcance de las posibilidades de comunicación y desplazamientos humanos, acelerados en los dos últimos siglos (p. 12).

Les propongo recorrer el libro haciendo un ejercicio: intercambiar la palabra “ciudad” por la noción “ecosistema intelectual de relativamente alta circulación”, teniendo presente que Melgar está pensando en la ciudad de la tercera y cuarta década del siglo pasado, como *locus* de pensamiento, abierto a numerosas ideas que van y que vienen, y poseen allí sus nichos de desenvolvimiento y proliferación. Afirma Melgar:

...cada microcosmos es caracterizado como un producto cultural letrado e iconográfico que dice la ciudad, al mismo tiempo que es hechura de ella en un determinado tiempo y contexto. Cada microcosmos, en mayor o menor grado, se ubicó en un corredor urbano discontinuo de distribución e intercambio, más allá de sus fronteras. (p. 297)

Por cierto, la ciudad no es solamente un *locus* de cultivo y emergencia del pensamiento, es también un foco de contaminación, un lugar de residencia, un lugar de amor, de comercio, de circulación, de calentamiento planetario, de vida nocturna y mucho más, pero a Melgar le interesaba, prioritariamente, como lugar emergencia de publicaciones que reunían a jóvenes que buscaban expresiones de pensamiento y donde aquellas otras dimensiones, se transparentaban, se traducían, se manifestaban en la revista, objeto y vehículo de circulación de pensamiento, porque también estas ciudades constituían ecosistemas intelectivos de mayor circulación que los ámbitos rurales y que los urbanos de décadas anteriores al tiempo que siguió a la Primera guerra mundial.

Tercera entrada

Me parece que el asunto de las revistas y las ciudades, o de los ecosistemas intelectivos en los cuales aquellas emergen y se desenvuelven, alude a lo que se denomina normalmente la relación de las ideas y sus *contextos*. Y esta es otra cuestión en la deseo detenerme, en debate con el contextualismo banal, equivalente a la teoría del éter, que pretende ser explicativo de todo, de allí la expresión “contextus ex machina” que he utilizado algunas veces.

La elaboración de una explicación que dé cuenta del impacto de los acontecimientos en las ideas no explica el origen de estas. Este es un proceso largo, de reflexión, reformulaciones, testeos y adecuaciones, donde participan muchas inteligencias muy diversas y que trascienden con mucho los acontecimientos que pueden haber desencadenado este proceso. A lo que se alude con “contexto” es, sobre todo, a la importancia que adquieren ciertas ideas en un determinado espacio-tiempo.

Claro está, Melgar no era un contextualista banal, de allí precisamente su insistencia en cuestiones específicas de la ciudad y lo urbano y es por ello, creo, que remarcó sistemáticamente la existencia de *sensibilidades*. En el libro, aparece 40 veces la noción sensible-sensibilidad, con lo que tenemos otra clave de lectura.

Ahora bien, si la ciudad es relativamente específica respecto de otras ciudades, es relativamente común para todos sus ciudadanos. Esto, en principio, pues sabemos de las diferencias entre barrios (económicas, en servicios, culturales, educacionales, además de la que puede trazarse entre las personas que leen y la mayoría que no lo hace, y menos escribe, hacia 1930). Pero entonces, si la ciudad no es homogénea, y yo pienso que no lo es, como unidad de análisis posee un valor genérico, tanto como carece de capacidad específica de análisis. Lo específico aquí son precisamente las “sensibilidades emocionales”, que impregnan a los grupos que fundan revistas.

Porque en las revistas emergen y se expresan “sensibilidades” y Melgar alude reiteradamente a estas, aunque sin definir la noción “sensibilidad”. Estas sensibilidades emocionales son, por ejemplo: el juvenilismo, la sensibilidad social, la sensibilidad política, la sensibilidad económica, la sensibilidad ciudadana, la sensibilidad caribeña, la nueva sensibilidad en la juventud universitaria laica, la nueva sensibilidad anticolonialista y, como en la revista *Bolívar*, la nueva sensibilidad intelectual, que involucró a más de dos generaciones y se impregnó de una retórica juvenilista y utópica. Melgar explicita algo más el concepto al destacar que

...los editores de esas primeras cinco revistas mencionadas pertenecieron a una misma generación, (cuya) *sensibilidad cultural* corresponde a los años del movimiento de la Reforma Universitaria, el primer centenario de la independencia y república, la recepción de

la Revolución Rusa y a las nuevas ideas y expresiones vanguardistas en arte y literatura en Europa. (p. 296)

Las sensibilidades emocionales serían las que filtran o enfatizan o llevan a modular, ciertos factores, tanto como disminuyen el énfasis de otros acontecimientos otorgándoles desiguales impactos en las ideas. Los acontecimientos no afectan por igual a las inteligencias, sino que ello varía según las sensibilidades emocionales que estén operando en estas. Y ello no vale únicamente para el impacto de los acontecimientos sobre las ideas sino también para el impacto de nuevas ideas sobre las inteligencias, impregnadas de diversas sensibilidades emocionales, de modo que lo que provino del socialismo ruso no fue recibido de igual modo en los ecosistemas intelectivos de Quito o La Habana, si era mediado por la sensibilidad juvenilista o por aquella sensibilidad que marcaba a las oligarquías. En otras palabras, la relación entre acontecimientos e ideas se encuentra (al menos) mediada por las sensibilidades, por la trayectoria eidética de los ecosistemas intelectivos donde se procesan y por el menú eidético disponible en las inteligencias.

Cuarta entrada

Algunas de las conversaciones con Melgar sobre ciudades, ecosistemas intelectivos y sensibilidades, me ha parecido ahora, leyendo este libro, motivaron un conjunto de formulaciones que he venido desarrollando en los años posteriores a 2019, quizás continuando sin asumirlo, las reflexiones que nuestro querido amigo ya no podría sostener. Ese año nos encontramos dos veces: en Heredia, Costa Rica, donde estaba también Liliana Weinberg entre otras personas, como narra en su Prólogo, y en Ciudad de México en el seminario internacional aludido. Allí participaron o se hicieron presentes varias amistades y colegas como Mario Oliva Medina, Marta Casaus, Alexandra Pita, Aimer Granados, Horacio Tarcus, Perla Jaimés, Liliana Weinberg, Fabio Moraga, Rafael Mondragón, Gilberto Loaiza, Karina Jannello, Carlos Illades, Pablo Yankelevich, Rubén Ruíz, Arturo Taracena y, por cierto, Dahil Melgar Tisoc y Marcela Dávalos.

Esto me viene de cajón para hablar de las redes. En el libro Melgar alude a redes intelectuales en el sentido latinoamericano del término, en 94 oportunidades, lo que transforma a esta noción en otra de las claves de lectura necesarias de tener en cuenta para considerar su legado. De hecho, Melgar fue una de las personas que más temprano acogió esta noción y se puso a trabajar con ella. Pero, en este caso, quiero acentuar la cuestión de las redes no como método, sino como lugar de producción de ideas, de conocimientos y de circulación. Figuras como Liliana, Alexandra, Marta, Aimer, Carlos Marichal, Carlos Illades, Pablo Yankelevich, quien me presentó a Ricardo Melgar en Chile en 1997, y yo mismo, entre otras, constituimos redes sobre estudios de las ideas, las intelectualidades, las revistas culturales y cuestiones interconectadas. Lo que quiero resaltar es una comparación posible con las revistas que estudia Melgar: es claro que su propia experiencia como redificador, editor y participante de numerosas publicaciones periódicas fue una experiencia que contribuyó a formular las preguntas que les hizo a las seis revistas que estudió.

¿Fue esto lo único?

Tratando de determinar hasta qué punto su propia experiencia fue una guía para sus investigaciones, destaco otra, menos convencional: sobrevivirse a sí mismo, yendo más allá de las intenciones de la muerte por llevarse. En la p. 77 escribe Melgar, refiriéndose a Mariátegui “Recuperado de la grave crisis de salud que lo dejó lisiado, sorprende [con] la reformulación de su proyecto de política cultural y la febril saga de actividades que desarrolló”. Melgar se piensa a sí mismo a partir de Mariátegui o piensa a Mariátegui a partir de sí mismo. El 28 febrero de 2014 me escribía Melgar: “Pasé algunos meses bastantes complicados, pero he logrado estabilizarme en materia de salud y paz interior. Los fantasmas me hacían

ruido hasta en los malos sueños, por ahora exorcizados. Mi energía se ha elevado. La última prueba (un *pet scan*) me da vida por tres meses sin riesgos ni preocupaciones”. Y luego comentaba: “Mi último libro sobre Mella y Haya de la Torre está siendo bien recibido. Tengo otros dos libros en prensa: uno con Osmar Gonzáles que saldrá en Buenos Aires, es la compilación de inéditos de Haya de la Torre (...) el otro, (que) es una revisión crítica de la prensa cominternista en América Latina, saldrá por cuenta del INAH [...] Y mientras estos textos salen tengo otro en fase avanzada, sobre el lugar de los símbolos en el pensamiento latinoamericano. [Por lo demás] el lunes viajo a Lima a presentar mi libro. En noviembre viajaré a Buenos Aires. Estoy ponderando un posible viaje a Burdeos”, y así...

Quinta entrada

¿Por qué Melgar interrogó escasamente las revistas desde una perspectiva de género o de etnia? Más aún, cuando la categoría de clase se le venía desvaneciendo, hacía ya tiempo. Entre cinco categorías: género, clase, etnia, idioma y generación, Melgar puso el acento claramente en las nuevas generaciones, de allí la insistencia en el juvenilismo como clave de su lectura. No es que las otras estén ausentes o silenciadas, pero sí son menos relevantes en su análisis.

Lo que digo no es una justificación, ni mucho menos una condena, sino una búsqueda de explicación. Yo pienso ahora “en y desde” un ecosistema intelectual donde el género, la etnia, la clase, la lengua son más acuciantes o yo lo siento así. Y ello mueve a esta interrogante.

En el juvenilismo, Melgar advierte la renovación de la sensibilidad, mucho más que en los otros cuatro factores. Esto es muy claro cuando escribe “si el referente idiomático era el determinante de la identidad, el factor étnico quedaba subalternizado. Lo étnico era un término fuertemente biologizado, equivalente al de raza, conforme a la añeja semántica positivista” (p. 106). Y, por otra parte, aclara: “las lógicas culturales de la nueva generación cribaron en ella una ‘politicidad sensible’ al cambio de época y al drama de las clases y minorías étnicas subalternas”. E insiste: “Las cuestiones sustantivas de la problemática del Ecuador mundo, desde referentes, ideológicos, morales, estéticos y políticos, se cubrieron de juvenilismo mesiánico” (p. 17).

Sexta entrada

Esta sexta entrada quiero que sea particularmente significativa para la gente del Seminario y estimábamos y admirábamos intelectualmente a Melgar. ¿Qué herencia nos deja Melgar en este libro a quienes hacemos historia de lo intelectual y estudios de las ideas más en general? Liliana nos cuenta que algún tiempo antes asumió que este era su último libro. ¿Quiso dejarnos algún mensaje? ¿Es una carta de despedida? No es mi afán hilar demasiado fino en este asunto, pero en la medida que fue asumiendo que era su último libro, Melgar seguramente pensó en dejar algunos mensajes que deberíamos descifrar...

¿Qué nos dicen aquellos jóvenes, que vivían en cierta precariedad, a nosotros que organizamos o hablamos en esta presentación del libro? A nosotros, que somos gente relativamente bien instalada en la institucionalidad académico-intelectual, con publicaciones, posibilidades de expresión, público relativamente asegurado y hasta cooptado, y ciertamente mejor instalada, mucho mejor, que la media de esas voces jóvenes de hace 100 años. Pero, sí esta academia contrasta por su seguridad con los jóvenes de los años veinte, también contrasta por su empantanamiento, por su tránsito progresivo desde intelectualidad hacia burocracia, burocracia de reglamentos, formularios, comisiones y controles. Entiéndase bien, un control no sobre las ideas que declaramos, sino sobre los desbordes de la imaginación.

Control, o mejor aniquilamiento sistemático de la imaginación, para que nos subordinemos al poder de burocracias adormecidas en sus informes e hipnotizadas por sus aparatos celulares.

En este año 2024 se cumplen además 100 años de la fundación del APRA y 55 desde que, en *Conversación en la catedral*, Vargas Llosa dijera que el APRA ya no era el mismo, que era entreguista y proimperialista. ¿Para qué hablar de esto 100 años después, con el Perú más jodido que nunca, con todos sus ex mandatarios despojados, acusados, suicidados o encarcelados, con el APRA casi desaparecido y con Mariátegui y *Amauta* instalados en los altares, aunque con escasos seguidores en la calle?

No quiero decretar muertes, pues las ideas casi nunca mueren. Sus esporas sobreviven en latencia como los huevos de los sapos en el desierto. Si llueve dentro de 100 años, se hidratan nuevamente y vuelven a la vida, junto con las semillas de plantas innumerables que supieron esperar.

Sí nos legó un mensaje explícito, que me parece muy simple para conformarnos: es necesario articular historia intelectual e historia cultural, en particular, la condición urbana. He señalado más arriba cinco categorías: etnia, clase, género, lengua y generación. Afirmé que el libro marca un énfasis mayor en la generación. Señalé también varias claves posibles de lectura.

La última vez que encontré a Melgar estaba muy bien de salud. Obviamente sabía que le había ganado varias batallas al cáncer, aunque no la guerra. Quizás por eso mismo la sexta categoría era la fundamental: la triple afectividad. El amor a sus amistades, entre las cuales me cuento, a su familia con Dahil y Emiliano, y a Marcela, su pasión. Las últimas fotografías que tengo con él, junto a otra gente, dan testimonio de su contento, de su plenitud, en medio de este triángulo.

Séptima entrada

Para terminar, quisiera aproximarme a estos asuntos a partir de José María Arguedas. Melgar escribió más de una vez sobre Arguedas, aunque no se acercó a la antropología por él. Más aún, sobre ese tiempo en que Vargas escribía *Conversación en la catedral* y Arguedas trataba, sin lograrlo, de terminar *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, dijo: “Nos tocó, por esos años, ser una especie de semiarguedianos sin Arguedas” (1998: 112). Ello, parece deberse, según insinúa, a tener la mollera acorazada por la dogmática, proveniente de Georgy Lukács y Lucien Goldmann, que no permitía pasar los mensajes de la realidad, como también me ocurrió a mí, muy poco después, en el Chile del presidente Allende.

Sin embargo, *El zorro de arriba y el zorro de abajo* es, creo, la obra que mayor importancia tuvo luego en su perfilamiento profesional y en su comprensión del Perú, aunque ya residente en México. Con los años se fue acercando más y más a Arguedas, quien fue ganando terreno en su corazón, mientras Lukács y Goldmann lo perdían. Por lo demás, siendo un costeño letrado, le fue más fácil entrar ahora *con* Arguedas, y ya no contra, el entrañable y visceral Arguedas, al Perú y a la América Latina profunda, diseminada por todas partes, que podía encontrarse en la selva, en la sierra, también en la costa, en el puerto pesquero de Chimbote, e incluso en Ciudad de México o en Cuernavaca.

Si Melgar se fue refugiando en la historiografía, en la época heroica del APRA, de *Amauta* y de Mariátegui para no sufrir los desencantos, no lo sé, aunque admitamos que no habría sido el único. Si trató de legarnos ese heroísmo o convocarnos a resucitar la época dorada, tampoco lo sé. Si dudó entre la opción de Arguedas o del APRA, menos todavía.

Ya querido y gran Melgar. Llego hasta aquí, por ahora, habiendo saldado, un poquito más, espero, la deuda grande que tengo contigo.

Gracias.

Referencias

- Arguedas, José María (1969). *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, varias ediciones.
- Granados, Aimer (ed.) (2012). *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura*. México: UAM-Cuajimalpa.
- Melgar Bao, Ricardo (1998). “Juego de símbolos e identidades en la ciudad prostibularia. ‘Los zorros’ de José María Arguedas”. *Boletín de Antropología Americana*, 32, julio.
- Melgar Bao, Ricardo (2023). *Revistas de vanguardia e izquierda militante*. Lima: Tren en movimiento. 307 pp. Prólogo de Liliana Weinberg.
- Pita, Alexandra (2013). “Aimer Granados [coord.], *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, intelectuales, política y sociedad*, México, UAM-Cuajimalpa, 2012, 328 pp.”, *Revista Latinoamérica*, vol 57/2, UNAM pp. 296-299
- Vargas Llosa, Mario (1969). *Conversación en la catedral*, varias ediciones.
- Weinberg, Liliana (2023). Prólogo a Melgar Bao, Ricardo, *Revistas de vanguardia e izquierda militante*, op. cit.